



Capítulo 211

Recientemente reconocido por sus habilidades, el novato Onel se había unido a los Caballeros del Eclipse Solar y sentía un inmenso orgullo por pertenecer a esta orden.

Ese orgullo estaba bien fundado.

Caliban tenía innumerables órdenes de caballería.

Sin embargo, ninguna podía compararse con las lideradas por las Cinco Espadas de Caliban.

Entre ellos, los Caballeros del Eclipse Solar, liderados por la Primera Espada de Caliban, Deus Macallian, eran admirados y venerados de forma abrumadora.

La Primera Espada de Caliban, Deus Macallian.

Dado que él lideraba a los Caballeros del Eclipse Solar, estos eran considerados, naturalmente, la Primera Orden de Caballeros de Caliban.

Por eso Onel se sentía muy orgulloso de convertirse en miembro de los Caballeros del Eclipse Solar.

Sí, sin duda había sentido ese orgullo.

Aunque se había convertido en cosa del pasado, eso no significaba que de repente hubiera abandonado su admiración por la orden.



Todavía quería formar parte de los Caballeros del Eclipse Solar.

Sin embargo, la razón por la que Onel se encontraba cuestionándose las cosas era... por culpa de sus superiores.

No, para ser precisos, todos sus compañeros mayores.

«... Superior».

«¿Eh? Onel, ¿qué pasa?».

El que respondió inmediatamente a la llamada de Onel fue su superior, Vidin.

Vidin tenía una complejión robusta y caballeresca, pero su rostro tenía una expresión extrañamente amable y gentil.

—Eh... ¿puedo preguntarle algo?

«No tienes que ser tan formal. Pregunta lo que quieras».

Vidin soltó una carcajada.

Onel dudó un momento antes de hablar finalmente.

«¿Por qué... por qué estás rezando?».



Rezando.

En realidad, la oración en sí misma no era un acto tan inusual según el entendimiento de Onel.

Siempre había habido veteranos en los Caballeros del Eclipse Solar que rezaban antes de las comidas o los entrenamientos.

Sin embargo, la razón por la que Onel preguntó ahora era simple.

«No, pero ¿por qué todos y cada uno de ellos...?»

Todos los miembros que habían regresado de la selva con el comandante llevaban desde ayer rezando devotamente.

Y no de manera casual, sino con tal fervor que incluso los sacerdotes de Sironia palidecerían en comparación.

Cuando Onel regresó de su misión y vio lo que tenía ante sus ojos, se quedó aturdido toda la noche.

Y como el ambiente seguía igual hoy, finalmente decidió preguntar.

Vidin respondió como si la pregunta no requiriera pensar.

«Por supuesto, es una oración a lo divino».

Volvió a reír alegremente.



«Una oración a lo divino...».

Onel sabía exactamente a quién rezaban sus superiores.

No era algo que pudiera ignorar.

Después de todo, desde ayer no habían dejado de hablar de un nombre.

«¿Te refieres a que el divino... es el marqués Palatio?».

«Sí, le ofrecemos nuestras oraciones».

«...»

Ante la respuesta firme y absoluta, Onel se quedó sin palabras.

Para ser sincero, no podía entender del todo las palabras de Vidin.

Si toda esta gente hubiera estado rezando a la diosa de Sironia, no habría sido extraño.

Pero el objeto de su adoración, ese supuesto «ser divino», era un humano, el marqués Palatio.

Por supuesto, Onel conocía bien al marqués Palatio.



Sin duda, era digno de gran respeto.

Había derrotado no a uno, sino a dos Dioses Exteriores.

Él fue quien había evitado de manera efectiva la crisis artificial de los Dioses Exteriores que casi destruye el Reino de Stalian.

Y más allá de eso, había innumerables rumores, grandes y pequeños.

Incluso Onel se había preguntado a veces: «¿Es realmente posible que un solo humano logre todo esto por sí solo?».

Además, también había demostrado hazañas extraordinarias en la selva.

Y después de eso, sus superiores comenzaron a adorarlo.

Onel se había enterado por sus compañeros.

Podía entender cómo había comenzado, hasta cierto punto.

Pero aun así, adorar a un humano vivo como a un dios...

A Onel no le gustó nada.

—Eh, señor.

«Adelante».

«Pase lo que pase, sigue siendo un ser humano vivo...».

Justo cuando estaba a punto de expresar con cautela su preocupación...

¡BANG!

«¡Emergencia! ¡Los Caballeros Libirianos han insultado al marqués llamándolo dios hereje!».

Un caballero irrumpió de repente por las puertas del comedor, gritando a pleno pulmón.

Hasta ese momento, el comedor había estado lleno de conversaciones tranquilas.

Y entonces...

Silencio.

En un instante, se hizo un silencio sepulcral.

Entonces...

«Esos cabrones».

«¿Dónde están?».



«Llévanos con ellos inmediatamente».

Antes de que Onel pudiera siquiera procesar lo que estaba sucediendo, todos los caballeros del salón salieron corriendo al unísono.

Onel se quedó paralizado, observando cómo se desarrollaba la escena.

«... Me alegro mucho de no haber preguntado nada más».

Cerró en silencio la boca entreabierta y exhaló lentamente.

«Realmente tomé la decisión correcta al no decir nada».

Vidin, el veterano conocido por ser el más bondadoso de la orden, había salido corriendo con la espada desenvainada, como si fuera él mismo a infligir el castigo divino.

«... Llegados a este punto, ¿no se trata más bien de una orden de caballeros sagrados que de una orden de caballeros normal?».

Quizás si hubiera vivido lo que pasó en la selva, lo entendería.

Pero para Onel, que no conocía los detalles, las acciones de sus superiores solo se volvían más incomprensibles.

Por un momento, dudó.

«¿Debería... informar discretamente de esto al comandante?».

Ese pensamiento le pasó por la mente mientras se levantaba.

Onel sabía esto:

La Primera Espada de Caliban, el hombre al que veneraba, era increíblemente cercano al marqués Palatio.

Sin embargo, también sabía otra cosa.

Deus Macallian era un hombre que separaba estrictamente el deber público de los asuntos personales.

Por supuesto, esto era algo que decían los caballeros, ya que Deus nunca expresó ninguna queja sobre la asignación presupuestaria del reino y se mantuvo indiferente incluso cuando podría haber obtenido más beneficios.

Pero para Onel, que había sido reconocido por su talento y aceptado en la orden sin experiencia previa, solo podía percibir a Deus como alguien que separaba estrictamente el deber público de los asuntos personales en todas las situaciones.

Y justo cuando salía del comedor para informar de la situación actual al comandante...

—¡Ah, comandante!

Por pura suerte, vio a Deus Macallian dirigiéndose a algún lugar.



«¡Cómo se atreven a insultar al marqués...!».

Con los ojos ardientes de furia, la espada ya desenvidada y un maná violeta centelleando a su alrededor, caminaba con una presencia siniestra...

Onel volvió a quedarse en silencio.

Era principios de invierno.

De camino a la Academia Mágica para recoger a Penia antes de dirigirse a la finca del marqués,

Alon murmuró:

«... Aquí también está».

«En efecto».

«Entonces, ¿cuál es el resultado esta vez, marqués?».

«Si tuviera que puntuarlo... un nueve sobre diez».

«Oh, eso es un punto más que ayer. ¿Qué lo ha mejorado?».

«... ¿Los árboles están rectos?»



«Hmm, ¿verdad? Ahora que lo mencionas, parece que están perfectamente alineados».

Mientras hablaba con Evan, ambos miraron los árboles que tenían delante.

O, mejor dicho, los árboles artificiales...

exuberantes y verdes, completamente fuera de lugar en los primeros días del invierno.

La expresión de Alon se volvió extraña mientras los observaba.

«¿Cuántos días han pasado?».

—Hmm... técnicamente, ¿unas dos semanas? Estos árboles empezaron a aparecer al día siguiente de dejar Caliban.

Evan miró con asombro los árboles, dispuestos de forma hermosa.

«Por cierto, ¿quién demonios los ha colocado aquí? Por más que lo pienso, me da la sensación de que alguien los ha colocado deliberadamente a lo largo de nuestro camino».

«Yo también lo creo».

Alon asintió con la cabeza.



Sinceramente, las primeras veces que había visto los árboles, no le había dado importancia.

Quizá alguien había decidido colocar árboles decorativos a lo largo de estos caminos.

Pero incluso después de dos semanas, sin importar a dónde fuera, cada día aparecía un nuevo paisaje, perfectamente arreglado.

«¿Qué diablos es esto?».

Alon intentó recordar si algo así había sucedido alguna vez cuando había tratado con Psychedelia.

Pero pronto negó con la cabeza.

Aunque sus recuerdos de aquella época eran vagos, estaba seguro de que nunca había pasado nada parecido.

Así que reflexionó por un momento.

«Bueno, no parece un problema grave, así que supongo que está bien».

Pero Alon sabía muy bien que en este mundo había que abordar cada pequeña cosa con cautela.

«¿Llegaremos hoy?».

«Eso parece».

Alon decidió que, tan pronto como se encontrara con Penia, le preguntaría por esos árboles.

Y justo cuando tomó las riendas y se dirigió hacia la Torre del Mago...

—¡Khrrr...!

«Esto es... injusto...».

Más allá de los árboles meticulosamente dispuestos, podía oír las voces tristes de los elfos y una breve risa triunfante de Draim, que asentía repetidamente con una sonrisa de satisfacción.

Unas horas más tarde, finalmente llegaron a la Torre de los Magos.

Penia se unió a Alon, con aspecto un poco hosco.

«En serio, hermana, ¿por qué tengo que ir?».

«Yo voy. ¿No vienes?».

«¡Tengo tareas asignadas por el Maestro de la Torre...!»

«Puedes delegarlas a otra persona».



A pesar de la reticencia de Felin,

«Espera, no...».

«¡Cállate y subel!».

¡BANG!

Penia le dio una patada en la espalda a Felin, lanzándolo contra el carroaje.

Al ver esto, Alon recordó una vez más su personalidad y la saludó.

«Cuánto tiempo sin verte».

«¡Ah, sí!».

En el momento en que Alon habló, Penia dejó de lado su aura amenazante al instante.

Mientras tanto, Felin, que acababa de ser lanzado sin ceremonias al interior del carroaje, miraba con incredulidad, con una mezcla de resentimiento y sorpresa en el rostro.

Pero Penia se limitó a cerrar la puerta del carroaje con el pie.

«Lo siento. Si fuera por mí, te habría dejado en la Torre un poco más, pero necesito ayuda con algo».



«¿Ayuda?».

«Sí».

Mientras Alon hablaba, sacó casualmente la Divinidad de Kalannon delante de Penia.

¡Crackle!

En el momento en que vio el relámpago crepitante en la palma de Alon,

los ojos de Penia se abrieron con sorpresa.

Era como si hubiera reconocido algo al instante, como si acabara de presenciar la prueba de su propio genio.

«Esto... no puede ser!».

«Es Divinidad».

«... Vaya».

Al escuchar la confirmación de Alon, Penia, que hacía unos momentos se lamentaba dramáticamente de que no quería ir, de repente se animó y sus ojos brillaron.

Como una estudiante de posgrado que acababa de encontrar el tema de investigación perfecto, se llenó de entusiasmo y agarró la mano de Alon.

«¡Enséñame otra vez...!»

«De acuerdo».

Sin dudarlo, Alon activó su divinidad una vez más.

A decir verdad, su divinidad actual aún se encontraba en una etapa en la que incluso invocar unas pocas chispas le requería esfuerzo.

Pero no importaba.

Después de todo, la única razón por la que estaba llevando a Penia a la finca del marqués era para mostrarle la divinidad y que ella le ayudara a investigar la magia.

Así, mientras Alon seguía mostrando la divinidad de Kalannon tantas veces como Penia deseaba, de repente se dio cuenta de que ella estaba mucho más cerca de él de lo que había esperado.

Sus manos y sus ojos estaban fijos en la mano de Alon, pero desde una perspectiva externa, parecía como si estuviera prácticamente acurrucada contra él.

«¡Marqués, otra vez, otra vez!».

Pero Penia parecía completamente ajena a su proximidad mientras lo animaba.

«De acuerdo».

Justo cuando Alon estaba a punto de activar su divinidad una vez más...

¡Snap!

Penia, que hacía unos momentos estaba saltando de emoción, se quedó paralizada de repente.

Paso, paso...

Luego, sin decir nada, dio exactamente dos pasos atrás.

Alon la miró con expresión desconcertada, incapaz de comprender su abrupta reacción.

Pero Penia dio otros dos pasos atrás, aumentando la distancia entre ellos.

«... Muéstramelo».

Ella habló en voz baja.

Su entusiasmo anterior había desaparecido por completo.

Sus grandes ojos brillaban como si contuvieran las lágrimas.

«¿Pasa algo?».



preguntó Alon.

«N-no, claro que no...».

Penia negó ligeramente con la cabeza y esbozó una sonrisa incómoda.

Aún desconcertado, Alon volvió a activar su divinidad.

Pero la mirada de Penia ya no estaba fija en su mano.

En cambio, sus ojos se fijaron en el broche que llevaba Alon.

... Era la primera nevada del año.

Varias semanas después, llevando consigo a Penia, extrañamente apagada,

Alon llegó a la finca del marqués Palatio.

«¡Saludo al amigo del Gran Señor!».

«¡Saludos, oh Primordial... no, marqués! Pido disculpas por la repentina intrusión, pero hemos venido a discutir asuntos de protección».

Al igual que antes, fue recibido por Zukurak.



Y junto a él estaba Rim, el guía que había conocido en Greynifra.

«¿Protección?».

«Sí, en cuanto a quién tendrá el honor de proteger al Elfo Primordial... no, al marqués. Entre los elfos y los hombres lagarto, debemos determinar quién será su escolta».

Mientras continuaba la discusión...

«...??»

«Tú? ¿Protegerme? ¿Por qué?»

Alon solo podía mirarlos con esa misma expresión.

—Fue un regreso bastante animado.